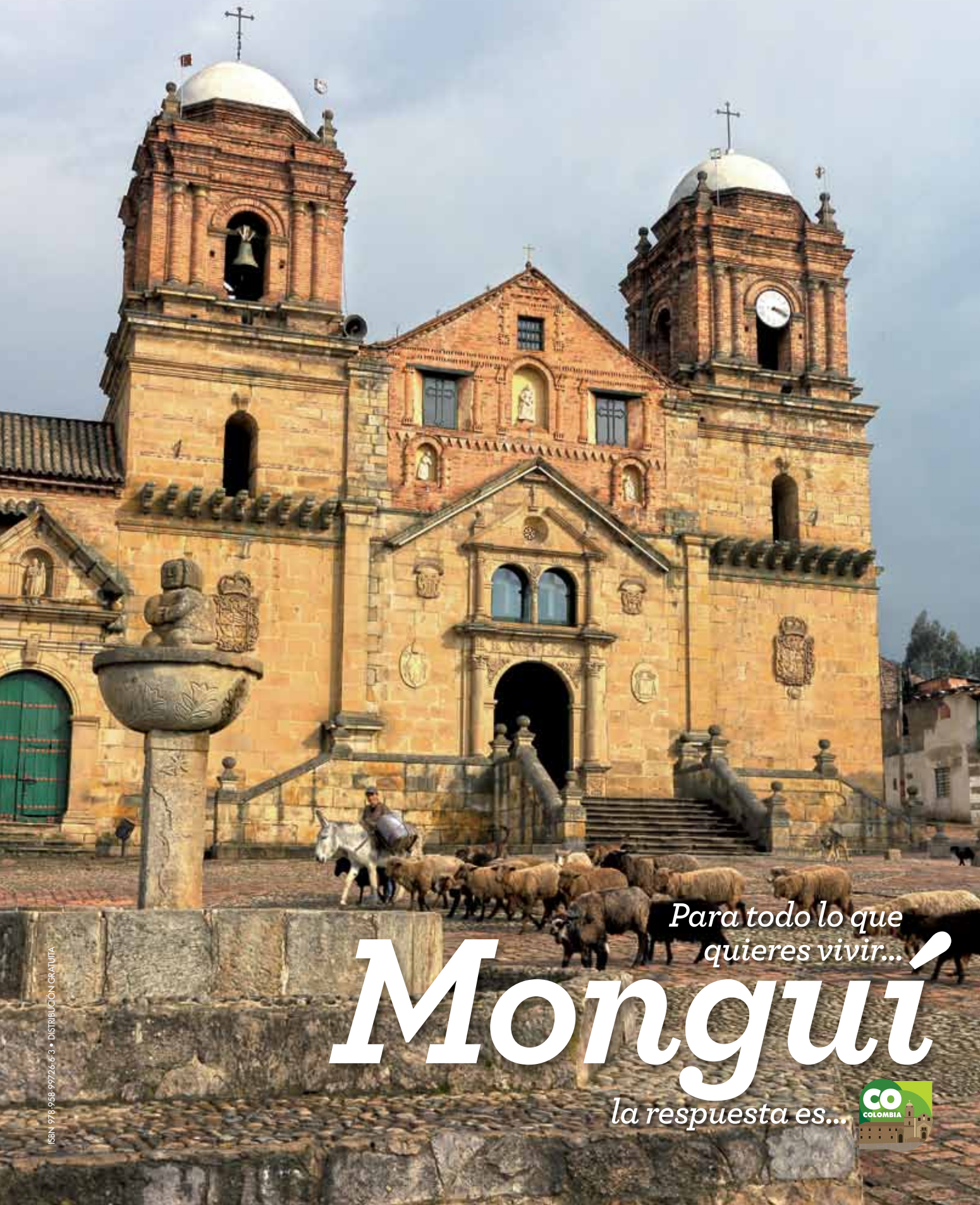


Pueblos Patrimonio de Colombia



*Para todo lo que
quieres vivir...*

Monguí

la respuesta es...





Imagen ganadora del concurso fotográfico "Revela Colombia 2012", organizado por el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, tomada por la señora Cecilia de las Mercedes Ramírez León, una turista que, se asomó con respeto y asombro a este pueblo andino.



“Dadme un milagro y os daré un pueblo”

El maestro Hernando Téllez haciendo referencia a la fundación de este apacible pueblo patrimonio, escribió en 1958: “Como el milagro estaba en Monguú, había que llegar hasta allí para fundar en torno a él, en medio de él, o sobre él, un testimonio de la fe carbonera”, lo cual describe con exactitud su historia a lo largo de 412 años.

Este antiguo pueblo en el que la fe se perpetúa en cada rincón, tuvo sus orígenes en las romerías o peregrinaciones religiosas de creyentes que lo atiborraron con la esperanza de encontrar la solución a sus problemas y cumplir con la promesa de rigor a “la Milagrosa”.

Esa fe nos motivó a venir, a Beto, Jaime y a mí, a conocer un pueblo sobre el cual se plasman la devoción, la solidaridad; se forjan gestas históricas, se escriben cuentos y leyendas, se trazan calles adoquinadas y obras monumentales, se delinearán paisajes mágicos, se sueña y se ilusiona. El que otrora fuese el “Valle de los Sanohas”, la comunidad indígena que lo habitaba, fue nuestro destino elegido para este viaje por los pueblos patrimonio de Colombia.

Cuando comenté con mis amigos que mi próximo destino turístico sería Monguú, lo primero que atinaron a decir fue: “¡Ah!, donde fabrican los balones de fútbol”. Yo asentí, ellos sonrieron, porque conocen de cerca mi pasión por el ‘deporte rey’, pero también les dije que iría,

además, porque había leído que resguarda una de las colecciones de arte pictórico más importantes de Colombia y posee una belleza natural propia del páramo.

Al regreso, al escribir estas notas, puedo decir que ha sido una grata sorpresa descubrir que, más allá de “la redonda”, Monguú es fe, tradición, historia, una sonrisa tímida, una fortaleza, que se refleja no solo en sus construcciones sino en el empuje de sus gentes, es un lienzo sobre el cual se puede imaginar una obra artística.

Luego de unos días de estancia en Monguú, pude comprobar el placer que produce conocer sus riquezas arquitectónicas, naturales y humanas que trascienden en el tiempo, reafirmar el sentido que conlleva el título del “pueblo más lindo de Boyacá” y explorar un lugar que seduce.

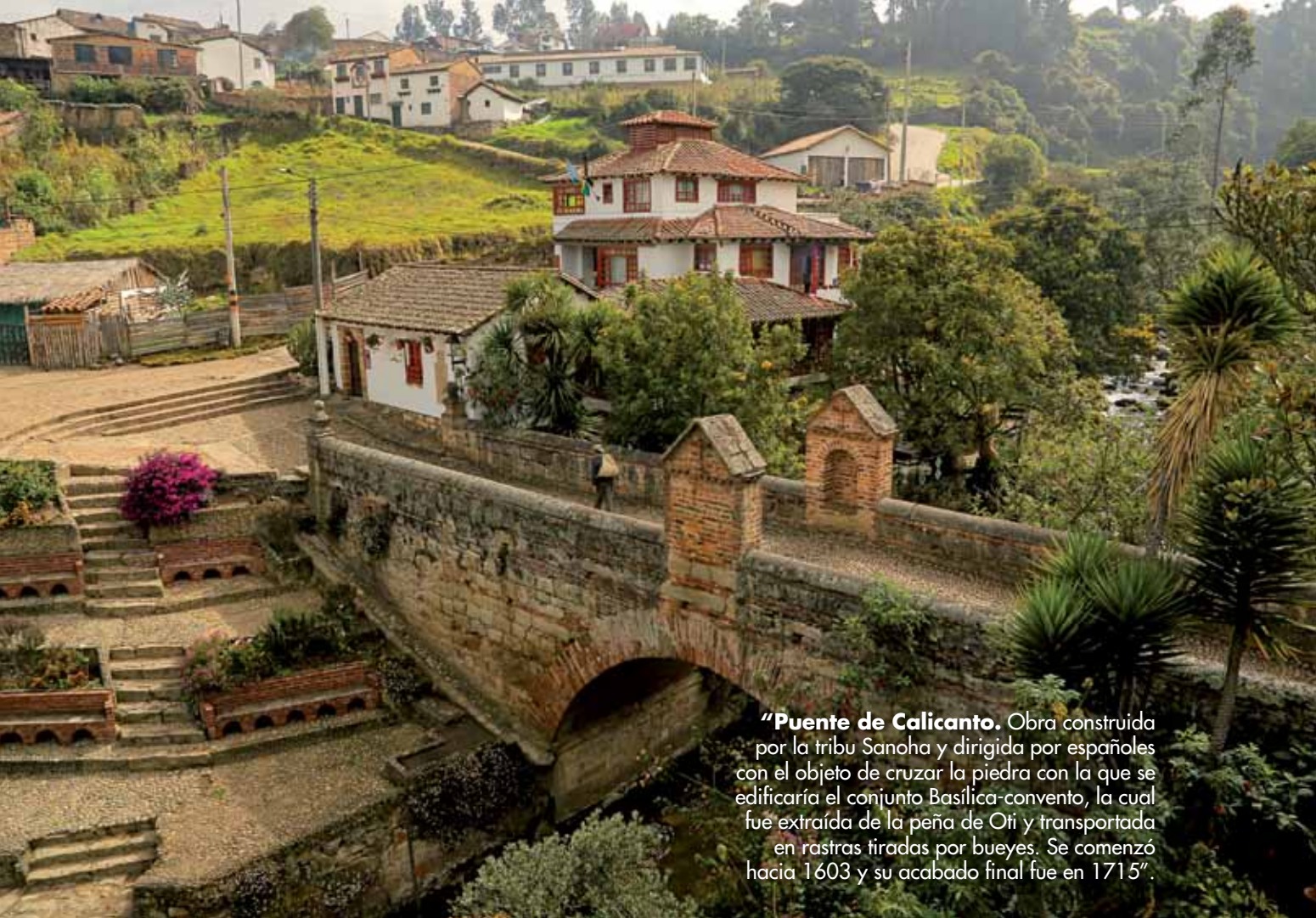
Caminarlo, recorrerlo, conocerlo es recrearse con sus mitos, disfrutar de sus silencios, de sus madrugadas y noches frías, sentir la calidez de sus habitantes que cobija a los visitantes. Es deleitarse con el tradicional caldo de papa, repetir la dosis de arepas boyacenses y



"Llevaron a Sogamoso
a la Virgen de Monguí
Pero al descuido se vino
y ya no sale de aquí".

Al San Martín de nosotros
lo llevaron pa Monguí
Allá se cansó y se vino
A vivir mejor aquí".

Del coplerío popular.



"Puente de Calicanto. Obra construida por la tribu Sanoha y dirigida por españoles con el objeto de cruzar la piedra con la que se edificaría el conjunto Basílica-convento, la cual fue extraída de la peña de Oti y transportada en rastras tiradas por bueyes. Se comenzó hacia 1603 y su acabado final fue en 1715".

calentar el cuerpo y el espíritu con una taza de agua de panela con queso.

Es deslumbrarse ante obras como la Basílica Menor, el convento y el Puente Real de Calicanto y de la misteriosa belleza del páramo de Ocetá; es ser testigo de la fe cristiana y conmoverse ante las obra del maestro Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos. Es, en fin, percibir la riqueza de la cultura indígena muisca en los habitantes de este pueblo.

Es ver las manos expertas de quienes cosen el balón de fútbol, tejen las ruanas y cobijas de lana, decoran con el hojillado en oro, tallan madera y piedra. Es palpar el orgullo de ser la cuna de la acción comunal y de movimientos de emancipación. Es sentir el fervor por la Virgen de Monguú, Reina de Boyacá.

Visitar la Villa de Monguú transforma el espíritu.

El pequeño Escorial suramericano

Así se ha llamado a este acogedor pueblo al comparar sus más representativas construcciones con el conjunto del Real Monasterio de El Escorial en Madrid, España.

Ahora podemos entender, mis compañeros de viaje y yo, el porqué de dicha comparación (proporcional al tamaño de la población). Al arribar a la plaza quedamos

perplejos al contemplar el templo mayor o **Basílica Menor de Nuestra Señora de Monguú**, declarada así en 1966 por Su Santidad Paulo VI.

Su origen se remonta, según nos contó Óscar Merchán, versado en la historia monguiseña, por allá a mediados del siglo XVI cuando hubo un enfrentamiento entre muisca y españoles, debido a que estos últimos habían quemado el Templo del Sol en Sogamoso, santuario del cacique Suamox, máxima autoridad de la Encomienda, lo que generó un rechazo de las comunidades ancestrales.

Los ibéricos para tratar de contrarrestar la reacción de los indígenas se valen de la religión para así volver a establecer esa relación y crear un ambiente propicio para sus propósitos de evangelización. Llegan a Monguú y hacen amistad con el cacique Sanoha, quien apoyaba al gran Suamox, lo que permitió restablecer ese puente de comunicación entre el gran cacique y los españoles.

Para celebrar este hecho los dos caciques, el de Sogamoso y el de Monguú, fueron llevados a España. Allí, el rey Felipe II, les da como regalo dos cuadros religiosos: el de la 'Sagrada Familia' para Sogamoso y el de 'San Martín de Tours' para Monguú. Sin embargo, sucede un hecho inexplicable porque los cuadros milagrosamente aparecían trocados: el de la 'Sagrada Familia' o de la

Virgen en Monguít y el de ‘San Martín’ en Sogamoso. Al ver que esto genera enfrentamientos en la comunidad, los misioneros franciscanos consultan al Rey, quien les dice que esos son designios divinos y que lo que debía hacerse era erigir un lugar digno de la veneración de la virgen en Monguít y cada año llevarla en romerías a Sogamoso.

Mientras se construye el templo, la imagen de la Virgen es alojada en la capilla de San Antonio de Padua, la primera iglesia del poblado, monumento nacional que hoy día permanece abierto al público.

La construcción de la nueva iglesia se inicia en 1603, dos años después de la fundación civil de Monguít, y se continúa durante cerca de 100 años en diferentes etapas, lo que da como resultado final una edificación de diversos estilos, que son los que le dan esa majestuosidad y particularidad arquitectónica. Se nota la influencia barroca en la fachada y mudéjar en las cúpulas.

Fue hecha en su mayoría en sillares de piedra (Bloques), es decir que ha sido labrada y moldeada de manera que permite su colocación inmediata, que, según nos dice Pedro, guía turístico, fue traída de la peña de Oti (un lugar mágico que luego conoceríamos) y tallada en el parque por sus habitantes que de esta manera pagaban los impuestos.

En su interior consta de tres naves: la de la izquierda, o nave del Evangelio, presidida por la imagen de Santo Domingo y el escudo de la Orden Dominicana; la de la derecha, por San Francisco, y el eje central formado por una imagen de la Madre María, un crucifijo, el anagrama de María y un serafín.

En su fachada descubrimos detalles en los que se pueden observar una serie de representaciones en piedra entre las que se destacan: una estatua de San José con el niño Jesús desnudo, en la parte superior otro serafín, los escudos de los reinos españoles de Aragón y Castilla, columnas con capiteles y hojas talladas en piedra.

En la cúpula contemplamos antiguos frescos, muestra fehaciente de la conjunción del arte neogranadino con el barroco renacentista español, donde la vid es protagonista. Una prueba evidente del encuentro entre las culturas.

El campanario y la torre del reloj son en ladrillo revocado, traído del río Tejar, elaborados con la misma técnica utilizada en la fabricación de hornos de pan. Se dice que las campanas, con más un una tonelada de peso, fueron traídas desde el cercano municipio de Nobsa a lomo de buey y al hombro. Los pobladores afirman que su sonido era tan potente que servía de

DATOS DE INTERÉS

- Monguít fue fundado el 31 de diciembre de 1601.
- Los primeros misioneros franciscanos enviados por la Corona española llegan en 1550.
- La imagen de la Virgen de Monguít enviada por el Rey Felipe llega en 1558.
- La construcción del templo y el convento se inicia en 1603.
- Su Santidad Pablo VI eleva el templo a la dignidad de Basílica Menor en 1966.
- La Basílica, el Convento, la Capilla de San Antonio y el puente de Calicanto fueron declarados monumento nacional en 1975.

guía a los peregrinos de las poblaciones vecinas que venían a las romerías.

En el interior se pueden ver las doce columnas, seis a cada costado, que representan las doce tribus de Israel, con arcos románicos; los frescos en los techos, cuadros con hojillado en oro, un oficio en el que son muy hábiles los habitantes de Monguít, y el espacio que dejaron los tres cuadros más importantes del artista Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos que fueron retirados para su restauración.

El altar mayor consta de tres cuerpos, el que contiene la imagen original traída desde España, el de la Virgen de La Candelaria y el cuadro de San Antonio. En el techo de la cúpula se alcanzan a divisar frescos con figuras alegóricas a la uva y a ceremonias alusivas al Dios Sol de los indígenas. Allí apreciamos piezas religiosas únicas.

Un feligrés nos dice que existe un pasadizo entre el convento y la iglesia donde se resguardaron tesoros durante la presidencia de Tomás Cipriano de Mosquera,



cuando expidió la ley de Manos muertas con la cual expropió a la Iglesia de todos los bienes, incluidos algunos cuadros que fueron vendidos a España e Inglaterra, los cuales no llegaron a su destino, gracias a que la comunidad los escondió.

Colindante con la iglesia se encuentra el **convento** de los franciscanos, que se levantó con el propósito de “conquistar las almas” en la disputa entre estos y los jesuitas, como puente de las misiones entre la región y los Llanos del Casanare y como lugar de reposo y curación de los monjes. Su objetivo era tener un lugar estratégico en el camino hacia San Juan de los Llanos.

Es una construcción de dos niveles, que actualmente está siendo restaurada por el Ministerio de Cultura, por lo que su acceso es restringido. En el primer piso,

se ven los arcos hechos en piedra con pilastras realizadas y, en el segundo, las columnas son de ladrillo recubierto. Fue elevado con diversos materiales y técnicas, debido en gran parte, a la escasez de recursos de la comunidad religiosa. Sobresale la llamada “*columna salomónica*” donde aparecen figuras de hojas y pájaros.

Además de su imponente arquitectura, es el lugar de resguardo de una de las mayores obras del arte pictórico religioso del mundo hispánico, como lo es la obra de Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos y de la escuela taller de los hermanos Figueroa, en el Museo de Arte Religioso, donde se cree hay cerca de 40 obras del artista bogotano, que parece que estuvo aquí hacia 1671, durante un año.



Sus obras representan a la Virgen, los apóstoles, santos y la Sagrada Familia. Dentro de la colección que se resguarda aquí sobresale el óleo titulado “*Los desposorios de la Virgen*”, basado en un grabado de Rubens que cuenta la vida de la Virgen. Asimismo, se destaca “*La Anunciación*”, que data de 1671 y es el único con fecha exacta.

El museo también se encuentra en el proceso de restauración que vive el convento.

En este conjunto arquitectónico sobresale el **Real Puente de Calicanto**, sobre el río Morro, al que llega-

mos por la Calle Real, construido con el objetivo de ser camino por donde se trasladaría el material con el cual se construyeron la capilla, la Basílica y el convento. Es un camino empedrado, fabricado en calicanto: una mezcla de cal, arena y sangre de res que servía como pegamento.

El puente fue el paso obligado, y punto estratégico, para el comercio en la ruta Labranza Grande, páramo de Pisba, Mongua, Monguí, Sogamoso, y de allí al camino real a Santa Fe y hacia los Llanos Orientales.

Monguí, bien podría hacer parte de las cittaslow, o ciudades lentas, un movimiento creado en Italia que busca mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, promoviendo la vida sosegada sin tensiones ni apuros, que valora y conserva sus tradiciones y que gracias a ello atrae visitantes respetuosos de su cultura, su religión y su naturaleza.



Centenarios frailejones parecen ejércitos de guardias del páramo, de sus aguas... de sus vidas.

Con el propósito de conservarlo, desde hace unos años se prohibió el paso de vehículos, por lo que ahora son los peatones, los rebaños de ovejas, los pastores y turistas quienes lo disfrutamos.

Junto a estas obras de gran magnitud se encuentra la **plaza** empedrada, construida por mandato popular, o minga, como epicentro de las romerías que acompañaban las peregrinaciones para venerar a la Virgen.

Según nos narra Pedro, los indígenas acostumbraban a hacer sus rituales religiosos en espacios abiertos y poco acudían a la iglesia, los españoles al darse cuenta de ello, empiezan a construir la iglesia precedida por la plaza, que funcionaría como una prolongación del templo con fines doctrinales e importante espacio cívico.

Allí se distingue la figura indígena adoradora del Sol sobre la pila que data de 1715, pila que funcionó como toma de agua. En cada esquina se ubica un monumento característico de los oficios que se desarrollan en el municipio: al balón de fútbol, al minero y a la cosedora de balones. Asimismo, se distingue un mural reciente de un joven artista monguiseño, Juan Carlos Morales, que hace alusión a las comunidades indígenas y a su cosmovisión.

Al recorrer Monguí cada día empezamos a familiarizarnos con los nombres de sus calles bautizadas de acuerdo con hechos sucedidos en la población. Se encuentra la “calle del Cogollo”, que origina su nombre de un árbol viejo que se estaba muriendo y solo tenía una pequeña ramita, el cogollo. Pasábamos con frecuencia por la “calle de la otra vida”, que dicen heredó su nombre de los longevos habitantes que allí vivían, a quienes llamaban los eternos y se preguntaban ¿dónde viven los eternos?, pues en la otra vida.

Otro punto de convergencia fue la “calle de la amargura”, llamada así por ser el camino por donde se hacía la procesión del viernes santo, el vía crucis. Conocimos también la “calle del Hoyo”, que fue llamada así porque en su depresión formaba un hoyo, además por ser la ruta por donde pasaban los féretros, ante los cuales quienes los veían decían que los llevaban ‘pa’l hoyo’. Y así otras como la “calle de las manitas”, “calle de la piedra gorda”, “calle de la lomita de misiá Rafaela” y la “calle Charalá”, en homenaje a la amistad de Monguí con la población santandereana.

Como El Escorial, Monguí se yergue monumental, con construcciones orgullo de la época colonial del Nuevo Reino de Granada.

Reina de Boyacá

Si hay algo que irradia la Villa de Monguí, es fe y devoción religiosa, pero ante todo, veneración por la Virgen María, a quien le atribuyen numerosos milagros. La gente expresa un profundo respeto hacia su imagen representada en el cuadro enviado por el Rey desde España en el siglo XVI.

La imagen representa a la Virgen que carga al Niño Jesús entre sus brazos, mientras lo observa dulcemente. San José aparece en un segundo plano, vigilante y cuidadoso de los dos seres.

Desde que se le consagró como patrona del pueblo, se convirtió en la joya más preciada de sus pobladores. Además le otorgaron el título de “Reina de Boyacá” que atrae a miles de creyentes extendiendo su fama de milagrosa por todo el país.

El padre Marco Antonio Merchán escribió: “*Con ocasión de la coronación de la Virgen de Chiquinquirá, en 1919, quedó latente la idea de coronar también a la Santísima Virgen de Monguí. Con el apoyo de todos los fieles se pidió la autorización a la Santa Sede, la cual fue concedida el 25 de abril de 1929, durante el pontificado de Su Santidad Pío XI.*”

El obispo de la época ordenó la peregrinación de la imagen hasta Tunja para ser coronada como Reina, como en efecto se hizo el 8 de septiembre de 1929.

Algunos de sus milagros se encuentran relatados, dibujados y expuestos en las paredes interiores de la Basílica. Cerca de la puerta principal se lee uno de estos milagros: “En el año de 1714 iba un padre de San Agustín del pueblo de Chita para Bogotá bajando por la cuchilla de la peña llamado el Sancarrón, desafortu-

Guillermo Plazas Olarte encontró en Monguí una copla popular de las romerías que dice:

*“Cuando el diablo está de gusto,
se va a fiestas a Monguí,
A bailar con las doncellas
y a comer con hartos ají”.*

nadamente se desvió la mula por lo más encumbrado de la peña y comenzó a rodar. Hubiera llegado al río sin la protección de la milagrosa imagen de nuestra señora de Monguí, a quien invocó en su socorro. Habiendo quedado el reverendo padre debajo de la mula, hizo esfuerzo y salió; ya en el camino se postró para darle gracias a la santísima virgen por aquel milagro de haber salido del terrible trance sin lesión alguna permaneciendo la mula quieta hasta que lo sacaron sin daño alguno”.

El fervor que ha despertado en los fieles hizo que fuese adornada con piedras preciosas que significaban, cada una, un milagro. A lo largo de la historia sus pertenencias han sido saqueadas y actualmente su corona no posee ningún ornamento.

Las reproducciones de la imagen se resaltan también en los trabajos de hojillado en oro que elaboran artesanos del pueblo, en forma de recuerdos y afiches. Asimismo, se celebra su magna fiesta el 8 de septiembre.


Un páramo de leyenda

Así es Ocetá, el ecosistema orgullo de Monguí que nos envolvió con su magia natural y el encanto de sus mitos y fábulas: como las que cuentan que aquí existía una princesa indígena, de nombre Ocetá, que estaba enamorada del guerrero Peñagos, soldado del ejército de Suamox, que combatía a los españoles y murió en un enfrentamiento con los invasores.

La princesa, sumida en la tristeza, se refugia en la cima del páramo para dejarse morir de hambre y frío, hecho que efectivamente sucede, dando origen al nombre, del que ha sido considerado uno de los páramos más lindos del mundo. Fluye así un universo fantástico que narra que el llanto de Ocetá produjo formaciones como la cascada de Pericos y la laguna de Romeral y sus sufrimientos alteraron el terreno, lo que provocó el pedrisco.

Con este preámbulo, nos animamos a escudriñar sus caminos, por lo que contratamos como guía a Óscar, que lo conoce como la palma de su mano y quien, con tímida sonrisa, nos advierte que dispongamos de varias horas de nuestro día –entre 6 y 7– para la larga caminata. Aunque nos dice que también es posible acampar. Nos llenamos de entusiasmo y decidimos recorrerlo en un día.

Así hacemos una parte del recorrido en carro (hasta donde es posible) y continuamos el ascenso a pie. El frío y el viento empiezan a calar en el rostro y en el cuerpo. Nuestro guía se pone su montera (una especie de protector para la cabeza, fabricada en lana de ovejo, que usaban los pastores) y sobre ella el tradicional sombrero negro de la región. Sonríe nuevamente, mira a la cima y nos impulsa a seguir explorando.



Los ancestros manifestaban que la piedra de Oti estaba encantada y que llegaría el día en que se abriría por la mitad y de allí emergerían relucientes la iglesia y el puente y que al cerrarse la peña sería el fin del mundo.

Nos animamos, tomamos impulso y subimos el primer tramo a un ritmo más rápido del que estamos acostumbrados, lo que hace que a los pocos metros el corazón lata más rápido, se contenga la respiración y decidamos descansar para tomar aire y calmar el pulso. Óscar nos aconseja, entonces, ir un poco más despacio e hidratarnos frecuentemente.

Después de este primer descanso obligado, retomamos fuerzas y continuamos hasta la **Caja del Rey**, una roca monolítica con dicha forma, en la que, según dice la leyenda, se guardan tesoros de un rey que gobernaba la ciudad perdida, por donde, en las noches de Luna llena, se paseaban unos duendecillos, quienes decían que justo a las 12 si un pastor se presentaba ante el rey a esa hora, le obsequiaría el cetro y las joyas que poseía.

Así sucedió con un señor de nombre Ramón Vergel, de quien se dice recibió el tesoro y logró ser el más rico del pueblo. Sin embargo, esto traía consigo la desgracia de contraer lepra, por lo que eran rechazados por la población. Al conocer esta realidad, los demás pastores procuraban no encontrarse con el rey y si no podían eludirlo le devolvían las joyas, en cuyo caso debían someterse a un ritual que consistía en llevar una mujer virgen que se posara sobre esta caja, que posteriormente abriría las tapas y allí depositarían el cofre de oro donde el rey duerme hasta la otra luna.

Suspiramos, tomamos aire y continuamos unos pasos más arriba hasta una piedra en la que se delinea un dibujo con la imagen del cuadro original de la “*Sagrada Familia*” o Virgen de Monguít, de la cual se dice es una representación, hecha por un pintor aficionado, de lo que parece fue una estación en la cual los habitantes del pueblo escondieron los cuadros del convento para evitar que fueran sustraídos. Alcanzamos a ver la figura de la Virgen, el niño y un poco menos claro, otro rostro, al parecer el de San José. Fue bautizada como la **piedra de la Capilla**.

Descansamos unos minutos. Tomamos aire, comemos chocolates y continuamos. De repente, empiezan a asomar los primeros **frailejones**. Quedamos con la boca abierta, ¡un espectáculo! Parecen un ejército de guardianes del lugar, que según Óscar, se asemejaban a los frailes que, cuando participaban en las procesiones, se amarraban una hoja a la cabeza y al verlos a lo lejos se asemejaban a estos. Por eso los bautizaron así: frailejones, es decir, frailes de lejos.

En Ocotá hay diversas especies: blancos, plateados, dorados y amarillos, a los que se les atribuyen propiedades medicinales y curativas. A medida que ascendemos, pareciera que se multiplicaran, vemos más y más. El

guía nos explica que al año cada frailejón crece un centímetro, es decir que podemos calcular que estos tienen por lo menos 200 años.

En medio de estos, Óscar nos dice, con alegría, que los venados de cola blanca están volviendo, aunque en ocasiones están siendo presa de cazadores. La respiración se contiene cuando nos encontramos con unas flores de irreales colores: los **lupinos** morados y los **senecios** amarillos, así como musgos y líquenes adheridos a las rocas que se entremezclan con los frailejones, dando unas tonalidades que quitan el aliento.

Más adelante nos encontramos con **la Mesa**, un tablón de piedra donde se presume que se ofrendaban víctimas cuando el sol estaba en su esplendor, hacia el mediodía. Y aquí el paisaje cambia. Nos encontramos ante rocas de gran tamaño que emulan figuras de edificaciones. Atravesamos algunos túneles subterráneos. La sensación es indescriptible: cuevas, oscuras, angostas, misteriosas. Volvemos a beber agua, respiramos, descansamos.

Seguimos explorando en medio de las formaciones rocosas hasta llegar a **la calle del Eco**, bautizada así por don Florencio Agudelo –otro experto en la historia monguiseña, a quien se le atribuye el descubrimiento del páramo–, en la que se destacan musgos multicolores, ¡ah!, y la voz de Jaime, nuestro compañero explorador, que juega con la resonancia del lugar.

Luego, llegamos a **Ciudad Perdida**, el sitio donde están las rocas más altas, a las que los turistas han bautizado como las torres gemelas. Desde aquí divisamos el norte de Boyacá y se ven las sombras de los páramos de Gámeza, San Laureano, San Jerónimo, San Ignacio, del Crisol y en ocasiones hasta el del Cocuy, cuando el día está más despejado.

Nos quitamos las chaquetas, ya el calor empieza a sentirse. Miramos el reloj, han pasado más de cinco horas. Óscar volteo hacia nosotros, que vamos detrás de él, y sonrío. Abre sus brazos y nos presenta, a lo lejos, a **la laguna Negra**. La observamos desde el mirador en el que reposa una pequeña piedra en la que está inscrito: 3.688 metros sobre el nivel del mar. Cansados, exhaustos, pero felices al contemplar este paisaje único. Yo también extendo mis brazos, queriendo abrazar tanta belleza, pero a la vez como símbolo de victoria. Luego, en grupo, nos sentamos, miramos al cielo, suspiramos. El silencio es lo único que oímos.

De regreso, encontramos más *lupinos*, menos frailejones y la **cascada de Penagos**, esa de la que dice la leyenda se formó por el llanto de Ocotá, lugar donde,

se rumora, acuden duendes y donde vive ‘el Viejo’, un personaje de barba larga, dorada, conocido en otras regiones como el mohán, que cuida las fuentes y yacimientos de agua. Así regresamos a nuestro punto de partida, cansados pero dichosos.

Si Ocetá lloró de tristeza, nosotros lo hicimos de emoción.

Entre lo religioso y lo pagano

Así fue nuestra experiencia en la siguiente caminata hacia la **peña de Otí**, en la vereda de San Isidro, el lugar donde además de extraerse el material con el cual se construirían la iglesia, el convento y el puente de Calicanto, se unen, en un camino de bosque y vegetación, lo místico con lo fantástico.

A las 10 en punto de la mañana iniciamos el recorrido por las 14 estaciones del vía crucis, ilustradas en imágenes talladas en piedra hechas por los mismos pobladores y marcadas con el nombre de la familia que las realizó.

Esta vez, nos acompaña Hernando Orozco, secretario de Turismo de Monguít, quien sigue cada uno de los pasos sobre este camino de oración, que a cambio de llevarnos al Calvario nos introduciría en un mundo mágico de duendecillos.

Subimos lentamente, en silencio, reflexionando. Nos detenemos en cada estación de la I hasta la XIV. Desde aquí observamos la cruz que se eleva en un risco y ante la cual nos santiguamos. El viento sopla hasta quemar los labios. Yo hago una oración, mientras mis amigos dejan sus maletas en el ‘patio de las brujas’, una inconclusa construcción en la que se cuenta que cada 31 de octubre se realiza un aquelarre.

Mi amigo Beto sigue los pasos del duendecillo y camina sobre la empinada montaña. Decido esperarlo en frente de la cruz. Él y Hernando bordean los riscos. Sonríen. A lo lejos, percibo una energía que se refleja en la mirada emocionada de mi amigo, que de vez en cuando voltea como invitándome a seguir. De repente nos los veo más. Pasan unos minutos. Solo se oye el silbido del viento. Imagino que se encuentran con el duende. Inesperadamente, Beto y Hernando emergen en la cima de la peña, abrazados. Posteriormente me confesaría Beto, que llegar hasta allí le había producido una sensación mágica, con deseos de volar hasta el infinito.

Fe y mitología en un mismo lugar.

De balones, hojillados y poesía rústica

Monguít es, sin lugar a dudas, la meca del balón de fútbol. Del balón, cosido a mano por artesanos expertos,

que traspasa fronteras, que ha rodado por escenarios mundiales del ‘deporte rey’.

En cada esquina, en cada calle observamos los talleres y tiendas que funcionan desde tempranas horas. Vemos acercarse a las cosedoras con sus tulas cargadas de los cascos (Exagonos y pentágonos) en cuero, la aguja y la ilusión de que el oficio se mantenga.

Esta tradición en el municipio boyacense tiene su origen en la guerra con Perú, en los años treinta, cuando uno de los soldados del ejército colombiano, Florián Lardino, oriundo de Monguít, encuentra en la frontera con Brasil un balón que trae a Colombia. Así se dio inicio a la primera empresa de balones de fútbol.

Aunque no es un pueblo futbolero, la pasión por la elaboración de la “pecosa” se asemeja a la que podemos sentir los hinchas del mejor espectáculo del mundo.

El proceso se inicia con la bomba, nos dice Amelia, una de las expertas, fabricada en látex que se rellena con guata, se parcha y luego se infla, se cubre con hilo, que es el que le da la consistencia a la bomba, posteriormente se le aplica la masilla que compacta los balones y se cosen los casquillos en cuero. Hacer un balón puede demorar entre 3 y 4 horas.

Otra de las actividades que sobresale es el hojillado en oro sobre madera, técnica que data del siglo XVI, que se utilizaba para arreglar los altares. Hoy se usa sobre todo para los cuadros religiosos, marcos, repisas y fuentes hechas de madera. Es el color dorado, producto de la hojilla de oro, que enmarca los cuadros.

Asimismo, se destaca el trabajo artesanal en la fabricación de prendas como ruanas, guantes, cobijas y gorras hechas de lana de oveja, accesorios propicios para la temperatura promedio que nos acompaña estos días y que hace que en las noches pidamos a la administradora de la posada rural donde nos hospedamos, una cobija de más y una agua de panela caliente con queso.

Monguít posee diversos matices, pero a nosotros nos atrae especialmente su espíritu rural que se refleja en las fincas cercanas, en la vestimenta de sus habitantes, en el frío que acompaña sus noches, en los rebaños de ovejas que recorren el pueblo, en la sonrisa tímida y rostros curtidos por el viento de sus campesinos, en sus caminos agrestes, en sus dichos y expresiones: “*Cuando la chicha se acaba los cunchos también son buenos*”.

Y en este matiz, sobresale la figura del monguiseño Rómulo Augusto Mora Sáenz, más conocido como el **Indio Rómulo**, considerado el padre de la poesía rústica o campesina colombiana, que se dio a conocer con el sobrenombre de “Campesino boyacense” mote que



Altars portátiles que muestran detalles de la talla de madera y el hojillado de oro.

cambió, por sugerencia del entonces presidente Guillermo León Valencia, por el de “Indio Rómulo”.

Aunque hace varios años reside en Bogotá es, a sus más de 80 años, un icono del municipio. Sus poemas, grabados en discos, se repiten en las voces de los jóvenes que desde temprana edad aprenden su poesía. Uno de ellos se presenta, hace la venia y nos declama “No a la droga”, uno de los más conocidos por los estudiantes.

Su obra ha sido llevada a la radio, el cine, la televisión y aún realiza presentaciones en las que la memoria se mantiene intacta.

En Monguí, un sobrino suyo atiende el “café-bar Indio Rómulo”, ubicado en cercanías del puente de Calicanto. Es un espacio cálido, decorado de forma particular con afiches de él, radios antiguos, discos en acetato –los viejos elepés–, lámparas de luz tenue, sillas acolchadas con ruanas.

Aquí, al calor de un ‘canelazo’, nos despedimos recordando su poema, “La vuelta al pueblo”, que narra sus vivencias de cuando llega a Bogotá:

“Lo que son las ganas de conocer a Gogotá” que en alguno de sus apartes dice... que un animal grandorrotote, y negro como un carbón que camina puencima de unos bejucos de jierro hecha jumo por debajo de los sobacos que el mismo que lo manija es el mismo que lo pitea...

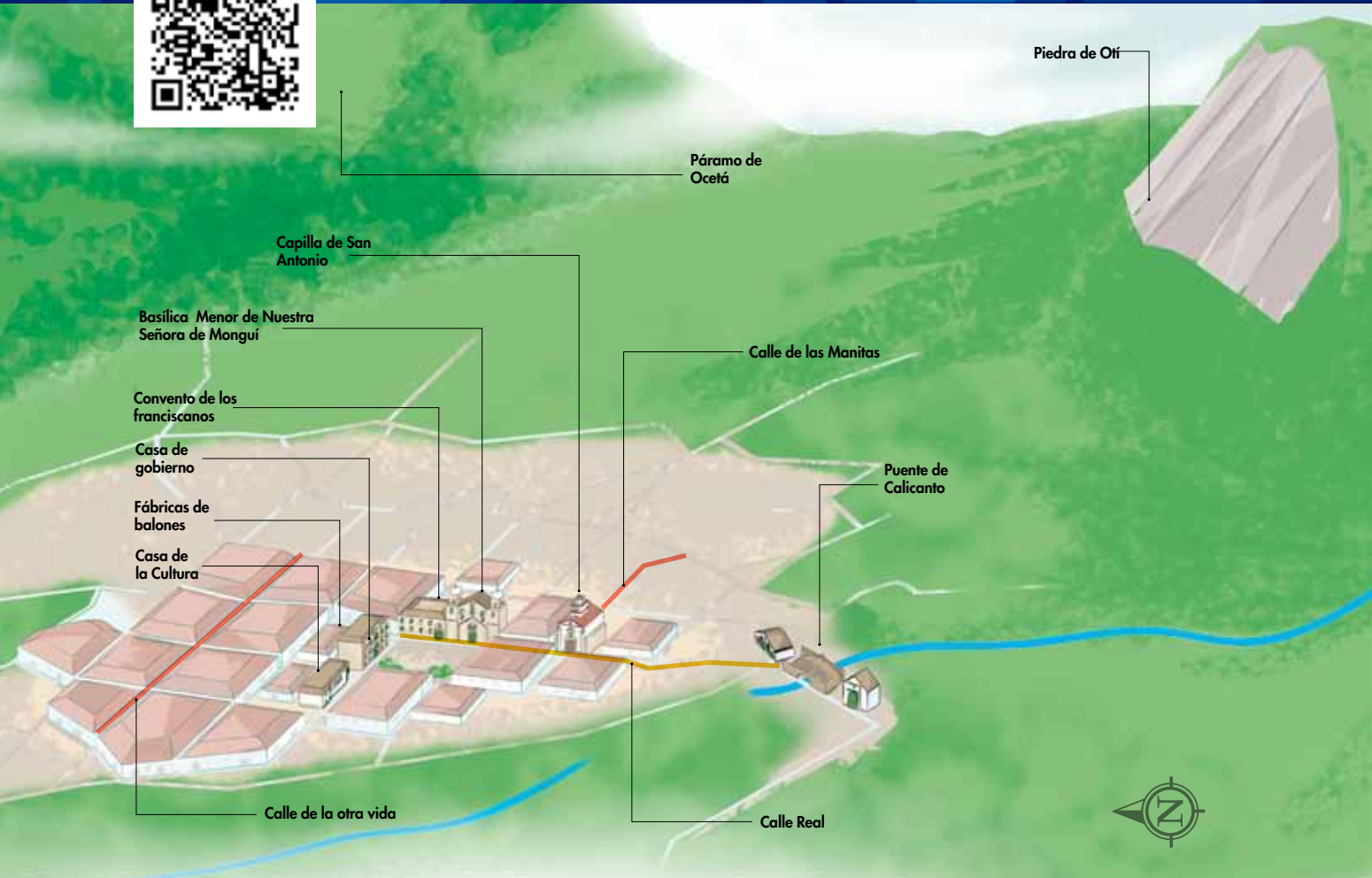
Y en otro fragmento dice “Y cuando ya tábamos de regreso pal pueblo, ay subiendo el alto de los venaos, alcancé a divisar a la Pascacia, y me agarro a gritar: Oh... mija Pascacia, écheme pacá ese cordero cachudo, hijo de l’ oveja mora, pues pa llevalo al mercao y venderlo y comprarles unos zaracitos y taparles el encostillao a estos muchachitos, que ya toy de regreso pal pueblo!. Oyooooo!”

Monguí –que según la leyenda quiere decir baño de la esposa, en alusión a la riqueza hídrica y la tierra fértil del lugar– encanta, renueva, conmueve y seduce. Por eso los invitamos a disfrutar y apropiarse de este patrimonio, que es de los monguiseños, de los boyacenses, de los colombianos y del mundo.

Según **Scott Dunn**, uno de los tour operadores más importantes del mundo, "en Colombia es difícil no dejarse seducir por los paisajes, la riqueza de sus recursos naturales, así como por la creatividad y calidez de la gente. Colombia es un destino fascinante".



Monguí



Monguí reserva sorprendentes paisajes y apasionantes historias a sus visitantes.



ALTITUD: 2900 msnm
EXTENSIÓN TOTAL: 81 kilómetros cuadrados
UBICACIÓN: en el oriente del departamento de Boyacá a 93 kilómetros de Tunja
TEMPERATURA PROMEDIO: 12°C
MUNICIPIOS CERCANOS: Sogamoso, Tópaga, Mongua
INDICATIVO TELEFÓNICO: (57- 8)
HOTELES: Dispone de hoteles en el casco urbano y posadas turísticas rurales.
RESTAURANTES: La oferta se concentra en pequeños restaurantes con platos autóctonos y cafeterías
RECOMENDACIONES: En el recorrido al páramo de Ocetá se recomienda llevar chocolates, agua y maní; bolsa para guardar la basura, ropa abrigada, sombrero y una buena cantidad de bloqueador solar.

FIESTAS Y OTRAS CELEBRACIONES

Marzo - abril: Semana Santa
 Mayo - tercer domingo: San Pascual Bailón
 Junio: Corpus Christi
 Agosto 15: Fiesta de la Virgen del Tránsito
 Septiembre 8: Aniversario de coronación de la Virgen
 Octubre - primera semana: Festival Sanoha de oro
 Diciembre 15: Fiesta real de la Virgen



Copyright 2013. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular.



MinCIT
 Ministerio de Comercio,
 Industria y Turismo



EL TIEMPO